

Pedro Zuazua Gil

En mi casa
no entra un gato

Diario de un gatuno primerizo



Duomo ediciones

Barcelona, 2018

© 2018, Pedro Zuazua Gil
© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Duomo, Pedro y Mía quieren agradecer la generosa colaboración
de Elvira Lindo, Paloma Abad, Rosa Copado y Pancho Varona.

ISBN: 978-84-17128-08-1
Código IBIC: FA
DL B 5952-2018

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Ilustraciones:
Elsa Suárez Girard

Composición:
Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Mía, que es muy suya

Índice

<i>Prólogo</i> , por Elvira Lindo	11
En mi casa no entra un gato. Y punto	17
El primer día (con su noche) de Mía	23
Mía y los veterinarios	27
No, los gatos no caen siempre de pie	31
Sí, hice un curso para educar a mi gata	37
¿Los gatos tienen la nariz fría?	47
Mía y su abuela (I).	61
El nombre de Mía	65
Aquel peluche amarillo fosforito	69
Salir de casa	75
La maleta de Mía	79
Los veranos de Mía (I)	83
Entrevista con el vampiro	87
Esta es Mía	95
El cojín mágico	101
Mía y su abuela (II).	105
¿Su gato es ágil? La mía, no.	111
Una decisión importante	115
Mía y la CIA: Operación Gatito Acústico	119
La logia gatuna.	125
Morir de amor	129
La quiniela de Mía.	135
Apuntes musicales (I).	141

Llegar a casa	145
Mía y su abuela (III)	149
Los gatos y la literatura	153
Mía y su abuela (y IV)	159
Incompatibilidad de caracteres	161
«¡Esta gatita quiere ser mala y no la dejan!»	165
Amigos gatunos: Jaro. Jarito. Jaritomalo, por Pancho Varona	169
Los Beatles contra los Rolling Stones	173
La pluma	179
Tengo celos de una caja	183
Amigos gatunos: ¿Quién es el dueño de quién?, por Paloma Abad	187
Apuntes musicales (y II)	193
El <i>show</i> de Mía	197
Puro chantaje	201
Moderadamente feliz	205
Reflexión de domingo por la tarde	211
Mía y Publio Terencio Africano	213
Los gatos y el cine	217
Los veranos de Mía (y II) o El verano rebelde de Mía	221
Cat Hermano	225
Del antiguo Egipto a la conquista de Internet	229
Gatos famosos	235
Una enfermera gatuna	239
Mía a la fuga	243
¿Saben los gatos que es Navidad?	247
La segunda Navidad juntos	251
¿Tengo una gata gorda?	257
Un dilema permanente	263

Prólogo,
por ELVIRA LINDO

Pedro Zuazua creía que no quería una gata, pero por fortuna sus amigas, que lo conocen más de lo que él se conoce a sí mismo, supieron advertir que lo estaba deseando. Mía, diminuta y aparentemente atemorizada, llegó a su casa un día, miró a su alrededor, husmeó por los rincones, aprobó aquel piso como su nuevo hogar y tras convertirse en propietaria optó por aceptar a aquel tipo nervioso e inseguro como pareja de hecho.

Este es el principio de una historia de amor tan fascinante como complicada: quien se hace llamar amo es por momentos un mero subordinado y aquella a quien se toma por mascota no concibe convertirse en propiedad de nadie, sigue sus instintos y es tozuda y fiel a su carácter, sin que eso afecte al lazo secreto que se va tejiendo día a día entre ambos.

Hemos otorgado a los gatos la cualidad de ser animales más literarios que los perros, y en cierto modo ese lu-

gar común responde a una verdad: el gato es enigmático, egoistón e independiente, mientras que el perro trata de agradarnos y se amolda a nuestras costumbres. De las diferencias entre estos dos tipos de compañeros domésticos se ha escrito mucho, tanto como para que creamos que lo sabemos todo. Pero no. Ocurre que aunque los animales, como los humanos, compartan características innatas a su condición, poseen a un tiempo una individualidad que nos permite definir su carácter y distinguir esas peculiaridades que a nuestros ojos los convierten en únicos. Hay gatos perrunos y perros gatunos, pero por encima de cualquier consideración no hay un bicho igual a otro, y esa diferencia se refuerza cuando un animal entra en contacto con una personalidad humana. Mía, la gata de Zuazua, no hubiera sido enteramente Mía de no haber conocido a nuestro autor; tampoco Pedro sería el mismo. Las personas que nunca han tenido animales nos toman por chalados, en el mejor de los casos, porque atribuimos a nuestras mascotas anhelos y sentimientos que se han considerado exclusivos de la raza humana. También piensan, aquellos humanos ajenos al mundo animal, que nos volvemos cursis, tontorrones e infantiloides, tanto como para hablarle a nuestra gata o a nuestra perra como si albergáramos la esperanza de que un día abrirán la boca para respondernos. Los dueños de gato hablan a su animal en la intimidad del hogar, de tal forma que su chaladura se reduce al ámbito privado; los de perro lo hacemos abiertamente, en la calle, a la vista de todo el mundo.

No saben los que nos toman por ñoños que nuestros animales sí nos responden. No lo saben, porque hay cosas que

no se comprenden hasta que no se ha convivido con un animal. Se trata de una sabiduría que adquirimos gracias a esta relación peculiar que nos aleja felizmente del antropocentrismo, para considerarnos al fin miembros de un planeta diverso y no protagonistas como se nos hizo creer. Amar a los animales es una liberación y una responsabilidad. Libera porque obliga a considerar esa altura desproporcionada en la que hemos situado la inteligencia humana y nos hace responsables porque abre los ojos a todo un universo en el que posiblemente no habíamos reparado.

Pedro, Pedrín, como así lo llama confianzuda su gata Mía, va aprendiendo con asombro y en permanente estado de alerta cómo se comporta su gata; hace intentos infructuosos de adiestrarla, pero viendo que el carácter felino es indómito decide, con sabiduría, optar por la flexibilidad. Bien hecho. Al fin y al cabo, ¿no sabemos que toda convivencia exige un alto nivel de tolerancia? ¿Por qué iban a ser menos los gatos que están cediendo parte de su instinto agreste e independiente a favor de hacer compañía sin agobiar?

Es este libro un manual para comprender la naturaleza felina en general, y para mostrarnos cómo se construye una relación sentimental en particular. Pero a su vez es una suerte de libro humorístico en el que con mucho arte el autor convierte en personaje a cualquier persona que aparece en sus páginas: la veterinaria del barrio; una amiga experta a la que consulta sus neuras por WhatsApp; otra, que pertenece a la masonería gatuna; a sus colegas del periódico y a su madre, que constituye el necesario contrapunto cómico que precisa todo buen muchacho soltero que lleva camino, siempre según mamá, de convertirse en solterón. Ay, esa

madre, que teme que la gata arroje a su hijo a una soledad de por vida pero que finalmente se rinde al encanto del animalillo. Cómo no iba a ser así. Todos acabamos enamorados de Mía. Estoy segura de que a usted, que abre ahora estas páginas, también le ocurrirá. Dejando a un lado que la gata es indiscutiblemente bonita (y al autor le gusta que hasta la veterinaria celebre su belleza), Zuazua nos narra con tal gracia las manías, costumbres y arrebatos de amor de su compañera que es imposible no quererla. He leído el libro con una sonrisa en los labios. He observado a Mía a través de la mirada de Pedro, pero también he espiado a Pedrín gracias a los ojos de Mía. Son, sin lugar a dudas, una gran pareja cómica: la bella e independiente Mía, caprichosa y dueña de sí misma en permanente contraste con el carácter sentimental de su dueño, un profesional seguro de sí mismo que cuando vuelve a casa está deseoso de dar y recibir cariño. Cómo no quererlo también.

Humor de principio a fin, un gran manejo del ritmo narrativo que nos mantiene encandilados y algo que emana de todo el texto y que tal vez no entre dentro de las consideraciones literarias ortodoxas pero que a mí me seduce mucho: la bonhomía. Hay un espíritu de tolerancia y alegría que respira todo el libro. Y también alguna nota sutil de melancolía, sugerida sin detalles pero que al menos yo percibo.

Este libro es un peligro. Tengan los lectores mucho cuidado, porque su autor pertenece a esa logia secreta de los amantes de los gatos que en cuanto se huelen que dichos animalitos nos interesan, tratan de convertirnos a su fe y hacernos uno de suyos. Algo se apunta en el libro. Actúan discretamente pero de manera implacable. Este prólogo, por

ejemplo, puede ser una señal que ellos perciban como primer signo de mi futura rendición. Es probable que empiecen a ablandarme el corazón mandándome fotos de gatitos haciendo cosas, lo cual no es difícil porque acaparan estos seres los momentos más insólitos que ofrece el ciberespacio. Este libro es una bomba en sus manos. Mía es capaz de provocar muchas adopciones: al leer la última página se quedará usted, incauto lector, con un vacío que no sabrá cómo llenar. O como yo, lo intuirá y preferirá sacudirse ese pensamiento invasivo como si fuera una mosca. Por el momento.

En mi casa no entra un gato podría haberse llamado *Enemigos, una historia de amor*, como así se titula la maravillosa novela de Isaac Bashevis Singer, que aun narrando la relación entre un hombre y una mujer bien podría definir la peculiar relación entre felinos y humanos. Nosotros tratando de domesticarlos y ellos, de arrastrarnos al lado salvaje de la vida. Estoy convencida de que ustedes se preguntarán lo mismo que yo al terminar el libro: ¿para cuándo la siguiente aventura de tan singular pareja?

En mi casa no entra un gato. Y punto

«En mi casa no entra un gato. Y punto».

Terraza del restaurante La Marina. Ribadesella. Asturias.

Agosto de 2015

Mía, una gata común europea blanca y marrón claro
entra por la puerta de mi casa. Plaza del Cascorro. Madrid.

Junio de 2016

¿Qué sucedió en esos meses? ¿Cómo pasé de un «no» tajante a adoptar un animal? En primer lugar, he de confesar que nunca he sido un gran animalista. Cuando era pequeño, por mi casa circularon peces de color naranja, tortugas (alguna de ellas, por lo visto, sigue viva en un jardín asturiano. No me quiero imaginar el tamaño) y periquitos cuyo nombre siempre era Pichi, y a los que, con la llegada del buen tiempo, tapábamos con una manta para que no comenzaran a cantar cada día a las siete de la mañana.

También recuerdo haber tenido una cría de pastor alemán durante tres días en los que ejercimos de enlace entre la familia que la cedía y la que la adoptaba. Como no tenía-

mos correa, la sacábamos a la calle atada con un cinturón de mi padre.

Cuando era niño, mi padre accedió a comprarme un pato en el mercado de El Fontán, en Oviedo. No me preguntan ni por qué lo pedí ni por qué dijo que sí, ya que no existe explicación lógica. El caso es que Alfred J. Kwak (así lo llamé) se vino a vivir con nosotros. Su espacio estaba en la cocina, en una gran caja de cartón. Allí le dejábamos leche (¿los patos beben leche?) y comida. Le poníamos un manto de papel de plata para que hiciera sus necesidades y cada cierto tiempo lo sacábamos a dar una vuelta por la casa. Un pequeño pato amarillo en un piso, qué gran idea.

El caso es que dos semanas después nos fuimos al pueblo de mis abuelos maternos. Fuentes de Ropel, en Castilla y León, cuya principal característica es que es casi equidistante de Zamora, León y Valladolid, que parece algo fácil, pero no lo es. Y el pato se vino con nosotros, claro. Viajó en el maletero –«Así no se marea», razonó mi madre– y, cuando llegamos, lo subí directo a mi habitación. Por la noche me convencieron para dejarlo fuera, en el patio. Fue la última vez que lo vi. A la mañana siguiente, Alfred J. Kwak había desaparecido. Mis padres me dijeron que un gato se lo había comido. Fue el camino más corto que encontraron para no decirme que un pato tenía más bien poco sentido en nuestra casa y que habían decidido dejarlo en una granja del pueblo.

Justo en ese punto se quedó mi relación con los animales. Hasta que a mi amiga Bárbara le dio por adoptar una pequeña gata siamesa de nombre Micu. Era un ser raquítico, despeluchado y tímido que se pasó los primeros días en su nuevo hogar escondido en un agujero que había detrás de la

cisterna del inodoro. Bárbara tampoco era muy amante de los gatos que se dijera, pero nos iba relatando cada día los avances del minino. Nosotros nos reíamos y la llamábamos la Loca de los gatos. Y a mí, lo reconozco, Micu me daba miedo. Cuando se acercaba, me ponía tenso; y cuando quería jugar, le ofrecía el puño cerrado, para que no me arañara.

Bárbara, como cualquier dueño de gatos que se precie, comenzó con su labor de evangelización: que si no sabéis la compañía que hace, que si no sabéis la alegría que dan, que si son superágiles y nunca tiran nada (mentira). Y claro, con un par de culines de sidra, los ladrillos de mi muralla antiguas se fueron deteriorando de una forma casi imperceptible.

Del «En mi casa no entra un gato. Y punto.» pasé a curiosear sobre las bondades del animal. Y ya se sabe que de hacer preguntas a empezar a ver fotos de gatos en las redes sociales solo media un paso. Y hay que reconocer que estos animalitos son muy fotogénicos y simpáticos, y que no hay que sacarlos a pasear tres veces al día, y que se pueden quedar solos en casa un fin de semana, y que son muy limpios... Pero no, he dicho que en mi casa no entra un gato. Y punto.

Porque, en ese momento, todavía me quedaban fuerzas para la resistencia. Al final del debate, una especie de lucidez desconocida hacía acto de presencia y me hacía decir: «Que no, de verdad, que no estoy preparado para tener un gato. Ni lo quiero ni lo voy a cuidar bien ni va a ser feliz conmigo». Y así, hasta la próxima cena. No obstante, el veneno ya estaba ahí. Inoculado.

Para no extenderme, les diré que las redes de dueños de gatos son inexorables, y que una vez que huelen la sangre de una nueva víctima, no la sueltan hasta que acepta. Comenzó

entonces la fase del bombardeo de fotos y vídeos de candidatos. Yo, por alguna razón, prefería una hembra. (Nótese que, como si fuera lo más normal del mundo, ya había pasado de negarme firmemente a anticipar el sexo de mi gato). Había leído (es decir, que estaba leyendo sobre gatos) que las hembras se portan mejor y tienen un carácter más llevadero. También que son más cariñosas. Aunque daba por hecho que era una auténtica lotería. Incluso había visto que los gatos nacidos de ejemplares de tres colores son malvados, pero desconozco la base científica para esta afirmación.

La primera candidata me llegó por vídeo. Lo remitían Isaac y Luis, una pareja de amigos míos que tiene dos gatos, Tina y García. La señora que los cuida cuando se van de vacaciones (a las mascotas, no a ellos, se entiende) recogía gatos y los recolocaba en casas de adopción.

La gata era de color azul grisáceo. Reproduzco las palabras que aparecen en el vídeo: «A ver, *microscopicie*, que te quiere ver tu padre. Mira qué cosa tan pequeña y tan espabilada». En ese momento, la gata maulla y vuelve el diálogo: «Tú lo que quieres es que te cojan, ¿eh? A mí no me dan miedo ni los perros ni nada». El vídeo termina con la gata girándose hacia dos perros bastante grandes sobre los que se abalanza y a los que hace retroceder. Instantáneamente sentí empatía con aquellos pobres perros y esperé a ver si el tiempo recolocaba a la gata, que resultó ser un gato, en alguna otra casa. Sucedió al día siguiente.

Basta que te quiten algo que no querías para que lo quieras. Y así sucedió. Aunque no quería a aquel gato, de repente sentí la necesidad de tener un gato. Una gata, en concreto. Y llamé a mi amiga Paloma, otra de mis referencias gatunas,

e inmediatamente me envió fotos de una camada de gatos recién nacidos en Galicia. Eran blancos, con varias manchas negras repartidas por el cuerpo. Paloma me informó de que pensaba viajar a Galicia dentro de dos semanas y que me podía traer una. Le dije que sí. Hala, ya tenía una gata.

Pero no fue aquella. El fin de semana previo a la llegada de la gata gallega, una serie de sucesos terminó con Mía en casa. Mía había nacido un par de meses antes a escasos kilómetros de Madrid. Bárbara se la había ofrecido a su amiga María, que ya tenía otra gata, y esta (María) había aceptado. Cuando Bárbara me mandó una foto de Mía en su bolso, caminando por la Gran Vía, me enternecí al ver esos ojitos, y como en realidad no divisaba el peligro de que acabara en mi casa, lo verbalicé delante de mis amistades: «No me importaría quedarme con ella», dije.

Ya de noche, mientras estábamos cenando, María informó a Bárbara de que su mascota no podía soportar la presencia de otra gata y que por favor pasara a recogerla lo antes posible. Ya no había vuelta atrás. Era el momento. Alguien dentro de mí cogió el timón y dijo: «Oye, pues ahora mismo voy a por ella». Había empatizado con aquella gata y no me la quería imaginar pasando la noche en una casa en la que no era bien recibida con una congénere dispuesta a trepanarla. Alguien con cierta sensatez respondió: «Pero ¿adónde vas, Pedrín? Si no tienes ni comida ni arenero ni nada... Mejor espera a mañana y ya te la llevas con calma». Y así, el 19 de junio de 2016, Mía llegaba a mi casa. Ambos comenzábamos una nueva vida.